



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

Las trazas del Camino

LUIS BLANCO VILA

Profesor de la Universidad San Pablo-CEU

y escritor

Como director de este curso sobre el Camino de Santiago quiero, en primer lugar, darles a ustedes la más cordial bienvenida. Quiero, además, agradecerles la elección que han hecho del curso. Sinceramente, pienso que han sabido elegir, que las razones del mito y del rito que encierra el estudio del fenómeno compostelano son suficientes para dedicar a ellas unos días, no sólo por la que podía ser actualidad coyuntural del Xacobeo, extrema y lograda celebración del Año Santo jubilar en Compostela, que desborda la pura conmemoración religiosa, sino, sobre todo, porque la imagen del hombre que, desde los rincones más insospechados del mundo, camina hacia el Finisterre compostelano —en el doble sentido de la expresión, como final trascendente y glorioso por la intercesión del Apóstol, pero también como fin de la tierra conocida, objeto de toda la admiración y el recelo—; la figura, digo, de este hombre que camina hacia la incógnita de la tumba de Santiago, sin que Compostela sea más que un atisbo, ni siquiera el ombligo de la cristiandad que busca el romero, ni siquiera la tierra donde Cristo entregó su sangre redentora que acude a adorar el palmero, este hombre, repito, es un personaje digno de estudio. Y a ese estudio antropológico, sobre el carácter, sobre el comportamiento, sobre el talante y el pensamiento de este hombre, de este peregrino, vamos a dedicar estos días de holgado estudio y, espero, de buena charla con las ilustres personalidades que van a ser nuestros guías en este camino, el de Santiago.

Han elegido ustedes muy bien, además, y por ello vuelvo a felicitarlos, porque, en vísperas inmediatas de un nuevo siglo y de un nuevo milenio, la perspectiva ideológica tiende a concentrarse en fenómenos trascendentes de la in-

teligencia, el juego de mente y sentimiento se pone en marcha acelerada y, en definitiva, acabamos centrando nuestro análisis en asuntos que nos aproximan, inevitablemente, al humanismo fundamental que movió y sigue moviendo a los hombres y a las mujeres que, a lo largo de más de un milenio —bastante más— han caminado y siguen caminando hacia el confín más atrabiliario, más aislado del mundo occidental, hacia esa Galicia, *pueblo a la defensiva*, que decía Sánchez Albornoz, pero también *conquistadora de conquistadores*, porque, como dice el mismo ilustre historiador, tratándose del Finisterre, todos cuantos llegaban eran detenidos por el confín y acababan siendo alimento de ese crisol de pueblos que es Galicia, racialmente multiforme.

Bienvenidos, pues, a los cursos de verano de la Complutense; bienvenidos a este curso que nos acerca a Compostela y, dentro de nuestra capacidad de traslación al objetivo final de nuestro estudio, bienvenidos también a Compostela mismo, a ese imán que ha sido capaz —y soy testigo, visto cómo está el Camino este año, de que sigue siéndolo— de acrisolar gentes, procedencias y culturas para fundir, en ese fuego jacobeo, una sola cultura, un solo impulso civilizador. Fenómeno singular, por cierto, esta unidad en la cultura jacobea, sea cual fuere la procedencia, se alce donde se alce la ermita, el crucero o el sencillo jalón que indica el camino de la tumba de Jaime, Jacobo, Diego, Íñigo, Iago o Santiago, el hijo del Trueno, el mayor de los hijos del Zebedeo.

Bienvenidos, además, porque tengo la impresión de que hemos sabido elegir los profesores, los guías que nos van a acompañar en el camino de la reflexión. Sin ánimo de desdén hacia nadie, valorando la presencia en El Escorial de auténticas eminencias mundiales —yo mismo he participado como ponente en un espléndido curso sobre Literatura italiana actual, hace unos días, con la participación de primeras figuras de esa literatura que estudiábamos—, creo que nuestro elenco profesoral, por conocimientos, por experiencia, por obra realizada y, sobre todo, por su especialización en los distintos apartados del tema-argumento de nuestro curso, no tiene que envidiar a ninguno de los celebrados o a punto de celebrarse.

Quiero ser, naturalmente, agradecido a estos hombres que han sacrificado parte de sus vacaciones o han forzado su agenda para poder estar con nosotros. A los profesores Gregorio Varela, Bonet Correa, Filgueira Valverde, García Sabell, cuya presencia es sobrada garantía; a los extraordinarios profesionales y amigos Alfonso Palomares, Carlos Reigosa, Francisco López Barxa y Mariano Tudela —a este por doble motivo, pues los desvelos del secretario nunca son sobradamente agradecidos—, porque ellos ponen la capacidad de reflexión de cara al futuro, —partiendo, naturalmente, del exhaustivo conocimiento del pasado—, único sentido trascendente que hay que dar a la historia y a la leyenda; a esos especialistas que, además de vivir intensamente su profesión, escarban en los reductos que jalonan el Camino de Santiago, y se reencuentran con la música (Jesús Villa Rojo, compositor, instrumentista; Eusebio Goicoechea, incorporado a última hora, también compositor, pero, sobre todo, inves-

tigador de los rastros musicales y su proyección actual) o están aquí para contarnos cómo *se las apañaban* los peregrinos a la hora de hallar un poco de alivio a su cansancio y un lenitivo a sus penalidades (el notario de Madrid, Antonio Linage Conde, que sabe más que nadie de esa obra de misericordia que es *dar posada al peregrino*), o nos resumen el mensaje religioso, razón y sentido del peregrino (monseñor Rouco Varela, arzobispo de Santiago, ¿cómo no iba a estar él aquí, a pesar de que su presencia allí era casi indispensable?, gracias, excelencia).

Ya sé que me he olvidado de dar las gracias a nuestro Nobel de Literatura, Camilo José Cela, y mi olvido, además de no ser tal, no debe ser tomado como una forma retórica de dejar para el final a quien más tiempo se quiere dedicar. No es eso. Cela aceptó encantado inaugurar el curso y mantuvo su aceptación durante un tiempo suficiente para que los programas estuvieran impresos y presentados públicamente por el rector magnífico de la Universidad Complutense, incluso para que se citara reiteradamente su nombre como nota de prestigio para este curso. Después, el cansancio pudo con él, y excusó su presencia. Sintiendo mucho que este contratiempo nos prive de la presencia de Cela, tampoco quiero dar excesiva importancia a esta ausencia. Su palabra hubiera sido espléndido pórtico para el curso, pero, si hablamos de pórticos, ¿cuál mejor que el pórtico por excelencia, el pórtico de la Gloria? Y con ese contamos, por supuesto, y ese será el final de nuestra reflexión en torno al hombre que camina, precisamente rumbo a ese pórtico glorioso.

No quiero acabar el capítulo de agradecimientos sin dirigir uno muy especial a la Xunta de Galicia y a su presidente, que han hecho posible, con su patrocinio, la celebración de este curso. Víctor Manuel Vázquez Portomeñe, miembro del gobierno de Galicia, fue quien recibió la petición y quien decidió que nos lo merecíamos. Cuestión de sensibilidad, si me lo permiten, capaz de cazar al vuelo la importancia de algo aunque no reporte nada más que la constatación de esa importancia y la necesidad de ponerla de relieve. Gracias, pues, y que cunda el ejemplo.

Por lo que se refiere al *modus operandi* durante estos días, ustedes tienen el programa de los actos. Un programa que no termina cuando nos levantamos de nuestros asientos y abandonamos esta sala. Me gustaría que dentro de las posibilidades que tiene cada uno de los profesores, ustedes los abordaran, charlaran con ellos, los estrujaran cariñosamente, y no sólo conversando acerca del tema que nos ocupa, sino tratando de aprovechar tanta suma de sabiduría y experiencia como hay en cada uno de ellos. Conversen, pregunten, preséntense ustedes mismos, hablen de sus ideas y de sus proyectos, de sus experiencias y de su propia vida. Cuando hice el diseño del curso pensé en personas de reconocido prestigio pero también de abierta humanidad, grandes conversadores, preocupados por los valores que a nosotros mismos nos preocupan, que han dedicado buen tiempo de su vida al humanismo a través de la enseñanza o de la comunicación.

Finalmente, y aunque mi intención, como pueden ver por el programa, era no intervenir más que en los formalismos de las presentaciones o de la moderación de los coloquios, permítanme que haga mi reflexión introductoria y trate de suplir —vano empeño— a quien iba a ser nuestro introductor de lujo, de quien, se lo confieso, he estado esperando hasta el último momento el gesto lógico de su comparecencia. Él, que es hombre de caminos, como acreditan sus famosos viajes, hubiera puesto, sin duda, un punto de sabiduría andariega en la silueta de ese hombre de capa, esclavina, sombrero de ala, calabaza, vieiras y bordón que protagoniza nuestro empeño analítico y reflexivo.

Una silueta que esconde el producto humano más genérico posible, con exclusión de procedencia, clase social, cultivo de la inteligencia, condición económica y familiar. El Camino de Santiago iguala, durante siglos, a ese medio millón de humanos que, dicen, se ponía en camino cada año rumbo a Compostela. No hay clase ni condición, sólo un destino. Dice Dante en su *Vita Nuova*: «*que non s'intende peregrino se non chi va verso la casa di Sa'Iacopo... Chiamansi peregrini in quanto vanno a la casa di Galizia*». Y en esa denominación exclusiva de peregrinos están desde el santo frisón Evermaro, de quien dicen que visitó la tumba de Santiago el año 700, es decir, ciento trece años antes de que se proclamara el descubrimiento de la misma y casi otros tantos antes de la famosa orden celestial a Carlomagno para que visitara Compostela y liberara Hispania de los infieles —algo que, evidentemente, no hizo—, hasta personajes de alcurnia real como el propio Alfonso II *el Casto*, del reino astur-leonés, que hizo levantar la primera basílica, Luis VII de Francia, Eduardo I de Inglaterra, santa Isabel de Portugal, los Reyes Católicos, la emperatriz Matilde, don Juan de Austria, Raimundo Lulio, San Francisco de Asís o, por hablar del presente, nuestros reyes, el presidente Soares o el primer Papa, el primer Pontífice que se llegó hasta Santiago, es decir, Juan Pablo II, felizmente reinante.

He ponderado antes, al paso, el concepto de unidad cultural, dentro de un proyecto de civilización único, del Camino de Santiago. Es cierta esa fuerza unificadora que dimana, por principio, del origen religioso del fenómeno. Pero resulta evidente que algo así, con una pervivencia y una magnífica salud en el requerimiento, no puede ser producto de una sola circunstancia, de un único impulso, ni siquiera siendo éste de naturaleza religiosa. Hay mucho de misterio en el imán que sigue atrayendo a millones de seres de todo el mundo, ese misterio que hace que algunos peregrinos, alejados de cualquier tipo de creencia, interrogados acerca del sentido que dan al viaje, a veces en condiciones casi penitenciales, de sufrimiento, que están realizando, respondan: «no lo sé, eso sólo podré saberlo cuando haya terminado el viaje». Es decir, conocen el destino final de su esfuerzo pero no las razones por las que lo realizan.

¿Arraque suicida de los que, como dice Basilio Losada, caminaban hacia los *finisterres*, necesidad de buscar los confines como símbolo de la vida que camina hacia la muerte?

No es posible aceptar esa tesis si pretendemos explicar la conducta de millones de peregrinos que, a lo largo de tantos siglos, han hecho la ruta jacobea. Imposible tanta ansia suicida.

El gran Gabriel Marcel publicó en 1944 uno de sus libros más sugerentes, el titulado *Homo viator*, al que pone el subtítulo de *Prolegómenos á une metaphysique de l'esperance*. Creo que aquí está la clave del comportamiento que identifica a los *hombres del camino*, al *homo viator* marceliano. Hay camino, hay sufrimiento, hay motor y fuerza hasta la extenuación porque hay esperanza, porque, al final del camino, hay *pórtico de la gloria* o trasunto de lo esperado, aunque el misterio se identifique, en muchos casos, con el absurdo del final de las cosas, del Finisterre.

Sea como fuere, y no soy yo autoridad para entrar en las consideraciones que corresponde formular a otros, me sumo al fervor de don Claudio Sánchez Albornoz, quien tras negar con firmeza la evangelización de Hispania por Santiago la *translatio* —el traslado de los restos del apóstol desde Jaffa a Iria— y la *inventio*, el hallazgo de la supuesta tumba con sus restos, abandona su condición de exigente historiador para convertirse en lírico celebrante del hecho milenario del Camino de Santiago. Tras citar los populares versos de Antonio Machado —*Caminante, no hay camino / se hace camino al andar*—, don Claudio prosigue: *Hicieron camino los caminantes que de todos los reinos cristianos de Europa vinieron a visitar la tumba del Apóstol. Camino en el suelo y en el cielo. Camino material sobre la faz diversa de las tierras de Navarra, de Castilla y de Galicia, desde Roncesvalles a Compostela. Y camino, más sutil pero más duradero, en los dominios del espíritu; camino etéreo e invisible, por donde no pasaban cuerpos, sino por el que cruzaron en tropel: ideas, formas artísticas o literarias, instituciones, sentimientos, hábitos**.

¡*Camino de Santiago!* —continúa el historiador en su versión lírica. —*Por él ejerció España su maestrazgo sobre Europa en la Edad Media y por él recibió luego, transformadas, las primeras materias ideales —científicas, literarias o artísticas— que había antes exportado allende el Pirineo. ¡Camino de Santiago! Por él fueron llevados al Midi francés algunos de los manuscritos de los Comentarios del Apocalipsis de San Juan, de Beato de Liébana, cuyas maravillosas y extrañas miniaturas iban a inspirar las primeras manifestaciones de la escultura románica europea: de Cluny de Moissac y de Toulouse; y por él cruzaron después la cordillera pirenaica las bóvedas de crucería de origen cordobés que habían sido copiadas en varias iglesias mozárabes y en varias iglesias románicas del norte de España, bóvedas que iban a dar origen a las crucerías del arte gótico de la Isla de Francia. ¡Camino de Santiago! Por él escaparon los más viejos ecos épicos españoles que iban a ser transformados*

* «Ante la Historia Compostelana. El Camino de Santiago», págs. 415 y sigs. de *Estudios sobre Galicia en la temprana Edad Media*. Edición de la Fundación Barrié de la Maza. La Coruña, 1981.

en la épica francesa, en cuya Canción de Rolando sólo figuran nombres geográficos del camino francés de Compostela y se cantan las luchas de Carlomagno con los moros españoles; pasaron las formas métricas y los ideales del amor caballeresco de la lírica de al-Andalus, que iban a fecundar la lírica romance de allende el Pirineo, y llegaron, quizá, hasta los trovadores y minnesinger las armonías de la música oriental, transmutadas en la música hispano-musulmana. ¡Camino de Santiago! Por él vinieron a estudiar en la llamada Escuela de Traductores de Toledo, eruditos de todos los pueblos de Europa, desde las costas de Dalmacia, las ciudades de Italia, las orillas del Elba, los canales de Brujas o las brumas de Escocia; por él volvieron todos ellos a sus patrias respectivas cargados con el tesoro de las versiones latinas de las obras maestras de los grandes filósofos, matemáticos, astrónomos o médicos de Oriente —griegos o árabes— y de los filósofos o científicos de la España musulmana, y cargados también con los originales de los estudiosos toledanos: cristianos, moros o judíos, que escribían tratados como los del Arcediano de Segovia, asombro todavía de los doctos. ¡Camino de Santiago! Por él volvieron a España el arte románico y el gótico, el rito y la jerarquía eclesiásticos, las instituciones romanas y las letras francesas, la escolástica italiana y el derecho de la Escuela de Bolonia y la muchedumbre de ideales y de ideas que, al resguardo de la vigilia secular de la España cristiana frente al Islam africano y oriental, fue creando la Europa abuela de la nuestra. ¡Camino de Santiago!, poblado de romeros y truhanes, de santos y de pícaros, por tus múltiples rutas el Hijo del Trueno realizó el mayor de sus milagros: el íntimo contacto de España y de Occidente.

Comprenderán ustedes que después de palabras tan autorizadas y tan a propósito, yo me calle, les dé, una vez más, la bienvenida al curso y me encomiende a su generosidad a la hora del disimulo de aquello que, siendo lógicamente de mi cosecha, no esté a la altura de los sabios que nos van a acompañar estos días.